

Desde luego se apoderó de los templos, los hizo purificar, y restableció en ellos con gran pompa el culto católico. Concurrieron á esta dieta multitud de príncipes, embajadores y miembros del imperio. Juntáronse allí los tres hermanos, Carlos V., Fernando rey de Bohemia, y la reina viuda gobernadora de Flandes, María la Valerosa. Trataba ya el emperador, en vista de las dolencias que le fatigaban, de que su hijo Felipe, que habia de sucederle en el reino de España que á la sazón en ausencia de su padre regía, le sucediese también en el imperio; y esto lo consultó con la reina María su hermana, que era princesa, como dice un antiguo historiador, «en quien cabían estas cosas y otras mayores,» la cual siendo del mismo parecer se encargó de negociar con su hermano Fernando que quisiese renunciar aquella alta dignidad en su sobrino Felipe. Pero opúsose al pensamiento el rey de Romanos y lo resistió con tan fuertes razones, y mostró de ello tal pesadumbre, que no quiso el emperador que se tratase mas de tal asunto.

Un acontecimiento terrible vino á complicar, apenas reunida la dieta, los ya harto enredados negocios religiosos y políticos de Europa. El hijo del papa, Pedro Luis Farnesio, duque de Parma y de Plasencia, enemigo del emperador por no haberle querido dar la investidura de aquellos estados, acababa de ser asesinado en la última de las dos ciudades (setiembre, 1547). La causa de tan lamentable suceso fué

la siguiente. Culpábase al Farnesio de haber sido uno de los principales promovedores de la conjuración de Fieschi en Génova contra los Dorias, favorecidos del emperador. Indignado de tan inicua acción el príncipe Andrés Doria, é irritado además por la muerte que habia costado á su sobrino Joannetin, sabiendo por otra parte cuán aborrecido era Pedro Luis Farnesio de sus propios súbditos por sus vicios y tiranías, tramó á su vez una conspiración contra él, de acuerdo con Fernando de Gonzaga, virey de Sicilia, y en la cual no le fué difícil hacer entrar á varios nobles de Plasencia. La trama fué tan diestramente conducida, que llegó sin obstáculo á su ejecución y complemento. Sorprendieron un día los conjurados las puertas de la ciudadela de Plasencia donde el duque se hallaba, y á las voces de ¡muera el tirano! le cogieron á puñaladas, sin darle lugar, como dice un historiador, á que pudiera decir. «¡Dios, valme!» Disparáronse tres cañonazos, y cuando al estampido del cañón acudió el pueblo á la ciudadela, vió ya colgado por los pies de una ventana del castillo el ensangrentado cadáver del tirano.

Tanto era el odio que el pueblo le tenia, que no solo no se compadeció nadie de él, sino que pueblo, senado y nobleza, todos celebraron el hecho, y nadie pensó en vengar su muerte. Por el contrario, dos días estuvo el cadáver arrojado en el foso de la ciudadela, y hubo dificultades para que quisieran darle

sepultura. Los conjurados salieron proclamando ¡imperio y libertad!, y como verdaderos libertadores fueron acogidos por la población los autores del asesinato. Inmediatamente se dió aviso á don Fernando de Gonzaga, que en Cremona aguardaba la noticia del suceso, y avanzando con un cuerpo de tropas imperiales, tomó posesion de Plasencia á nombre de Carlos V., y restituyó á la ciudad sus antiguos privilegios (1).

Solamente el pontífice Paulo III. intentó vengar la muerte de su hijo, si bien todas las tentativas se le frustraron. Quejóse primeramente al emperador, pidió que castigara á Gonzaga, y que diera el señorío de Plasencia á su nieto Octavio. Viendo que Carlos V. no estaba en ánimo de desprenderse de la posesion

(1) Pallavicini y Paolo Sarpi, en sus respectivas historias.—Leo et Rotta, Hist. de Italia.—El obispo Sandoval, despues de referir el asesinato del duque Farnesio, añade: «Verdaderamente que los mayores azgos escesivos que se hacen con bienes de la Iglesia no tienen otros fines mas dichosos. Este remate tuvieron los cuidados de engrandecer Paulo III. á su hijo, y dióle tanto, que en este año acabó la vida.» Hist. del Emperador, lib. XXIX., pár. 37.

Salazar, en las Glorias de la casa de Farnese, hablando de este príncipe, dice: «Siendo Paulo III. en el pontificado de Julio II. le otorgado de la Marca de Ancona, adquirió la amistad de una doncella noble, que dicen rindió con la promesa de matrimonio, supo-

niéndose uno de sus principales domésticos, y hubo en ella á Pedro Luis, á Vanucio y á Constantza Farnese, condesa de Santa Flora. Otros dicen que la madre de estos príncipes fué una señora romana de la casa Rufina, de antiquísima nobleza.» Refiere otras opiniones y añade: «La desercencia de las personas causa siempre este silencio, y por eso no sabemos aun quién fué madre de Francisco Gibo, hijo de Inocencio VIII., y progenitor de los príncipes de Massa. No se sabe en quién hubo Julio II. á Felice de la Rovere, señora de Brachiano. En quién Gregorio XIII. á Jacobo, duque de Lovaina, y en quién Clemente VII. á Alejandro de Médicis I., duque de Florencia.» Casa de Farnese, pág. 34.

de Plasencia, quiso ligarse contra el emperador con Enrique II. de Francia, y el nuevo monarca francés no hizo sino entretenerle con palabras y promesas vagas. Provocó el ódio de los venecianos contra Andrea Doria, y quiso que se le unieran para arrojar de Italia á los imperiales, y lo que sacó de estas negociaciones fué que el marqués de Massa que andaba en ellas fuera preso por Fernando de Gonzaga y decapitado en la plaza de Milan. Con esto se limitó á ahogar dentro del corazon su resentimiento y á disimularle.

Entretanto, habiendo propuesto el emperador á la dieta de Augsburgo el reconocimiento del concilio, habia logrado á vueltas de mil dificultades, y á fuerza de maña y de sagacidad, que los príncipes del imperio, con gusto unos y por temor otros, se sometieran á las decisiones de aquella asamblea. Pese por desentendido de las condiciones que para ellos exigian los diputados de las ciudades, y sin leerlas, y suponiendo su consentimiento como si aquellas no existiesen, les dió las gracias, ellos callaron, y bajo esta ambigua aprobacion envió al papa una solicitud á nombre de todo el cuerpo germánico, pidiendo que se trasladáran los prelados de Bolonia á Trento y continuara allí el concilio sus sesiones. A fuertes, duras y nada respetuosas y sí muy lamentables contestaciones dió lugar esta lastimosa disidencia entre Carlos V. y Paulo III. (diciembre, 1547), negándose el pontífice y los prelados de Bolonia á volver á Trento y á

reconocer lo que determináran los obispos que se mantenían en esta ciudad, y protestando el emperador y los obispos y príncipes de su partido contra la validez de lo que se definiera en Bolonia, hasta hacerlo declarar así por medio de un embajador imperial enviado á Roma (enero, 1548), á presencia del papa, de los cardenales y de los ministros extranjeros <sup>(1)</sup>.

Amenazaba pues á la Iglesia un deplorable cisma; el pontífice no cedía en manera alguna; su nombre era odiado en Alemania, y no había que esperar que el cuerpo germánico se sometiera á las decisiones del concilio, mientras permaneciera en Bolonia, ciudad sujeta al papa, cuando tanto trabajo había costado que accediesen los alemanes á que se celebrara en Trento. En este conflicto, el emperador, que como protector de la Iglesia católica tenía muy graves deberes que llenar, y como jefe del imperio solemnes compromisos que cumplir; que conocía el espíritu del pueblo alemán; que temía una completa escisión y quería dar á la cuestión religiosa el giro más favorable posible en favor del catolicismo y sacar el par-

(1) Tenemos á la vista copia sacada por nosotros del Archivo de Simancas, de la carta que este embajador dirigió á Carlos V. dándole cuenta de su entrevista y conferencia con el pontífice, ya sobre el negocio del concilio, ya sobre todos los demás asuntos entonces pendientes. (Negociado de

Estado, legajo 875, fol. 2, Roma). Daremos por apéndice algunos de estos interesantes documentos para que pueda el lector formar idea de la energía de Carlos V. y de sus agentes, y del modo como se trataban estas cosas entre el jefe de la Iglesia y del imperio.

tido más ventajoso que permitían las circunstancias, discurrió, creemos que con la mejor fé, apelar á un medio conciliatorio, que fué el de hacer redactar un sistema de doctrina, al cual se hubieran de conformar los pueblos hasta la definitiva decisión de un concilio tal como se deseaba. Encomendó esta obra á tres insignes teólogos, Sflug, Helding y Agrícola, los dos primeros católicos romanos, el tercero protestante. Convinieron estos en las bases y reglas de la doctrina religiosa, á escepcion de dos puntos que el protestante quiso conservar para los de su partido, á saber, el matrimonio de los clérigos y la comunión bajo las dos especies, reconociendo por lo demás la potestad del papa, la misa, y hasta el símbolo de la fé católica. Adoptó el emperador este escrito, cuyo título era: «Declaracion de S. M. imperial y real que determina cuál ha de ser la religion en el Imperio romano hasta la celebracion de un concilio general.» Convocó la dieta para el 15 de mayo (1548), é hizo dar lectura de él para su aprobacion. Este fué el famoso escrito conocido con el nombre de *Interim* <sup>(1)</sup>.

(1) «Este fué el libro del Interim (dice nuestro obispo Sandoval), por el cual han querido calumniar tanto al emperador y hacerle odioso y sospechoso en las cosas de la potestad del papa; diciendo que se metió en la jurisdiccion del pontífice romano, á quien tocaba el nombramiento de las personas que habían de hacer esto. Y dicen ellos bien, si el papa y sus obras fueran recibidas en Ale-

mania, pero aun su nombre era más que odioso, y jamás se acabaría cosa con los alemanes por via del papa... Lo cual (prosigue) el César como protector y defensor de la potestad apostólica, y capitán general de la Iglesia, pudo y debió hacer, cuando no bastaban las fuerzas del papa y se menospreciaban sus censuras.» Libro XXX., pár. 4.º

Levantóse, apenas concluida la lectura, el arzobispo de Maguncia, presidente del colegio electoral, y dio las gracias al emperador á nombre de todos, declaró que quedaba aceptado el nuevo sistema de doctrina, y que haria guardar lo en él contenido, y el emperador lo tomó por aprobado, y disuelta la dieta mandó publicar el *Interim* en latin y en aleman para su observancia. Pero engañáronse en esto el emperador y el arzobispo. Ambos partidos se pronunciaron con igual violencia contra la doctrina del documento: los protestantes, por las máximas papistas que en él se sentaban; los católicos por los puntos luteranos que se conservaban en él, y porque no reconocian autoridad en un lego para dictar reglamentos en materias de religion. Tomóse en la córte de Roma como una usurpacion de la potestad eclesiástica, y habia quien hablaba de Cárlos V. como de Enrique VIII., y el papa confiaba en que habria de durar poco un sistema que todos atacaban y ninguno defendia.

Mandó á pesar de todo el emperador que se ejecutára y cumpliera el *Interim*. Pero halló una declarada resistencia en la mayor parte de los príncipes del imperio, aun en los mismos amigos suyos; y no hubo medio de reducir al elector de Sajonia, á quien retenia prisionero, no alcanzando ni promesas ni amenazas, ni halagos, ni rigor, á doblegar la firmeza de aquel inflexible luterano. Mayor fué todavía la

oposicion de las ciudades imperiales. Strasburgo, Constanza, Bremen, Magdeburgo y otras se negaron á admitirle. Propúsose Cárlos hacerles respetar su autoridad, y usar de rigor con ellas. Marchó pues con las tropas españolas sobre Constanza, la combatió y rindió; obligó á sus habitantes á prestar juramento al *Interim*, y mudó su forma de gobierno. Ejecutó lo mismo en Augsburgo, en Ulm, en Spira, en Maguncia y en Colonia; y subyugadas asi las ciudades de Alemania, bien que en los espíritus y en los corazones dejara concentrado el resentimiento, la indignacion y el ódio, volvió á los Países Bajos (setiembre, 1548), para hacer recibir tambien el *Interim* á las ciudades flamencas, llevando consigo como trofeos los dos prisioneros príncipes, el de Sajonia y el de Hesse, al último de los cuales dejó encerrado en la fortaleza de Malinas con guardia española (1).

En Flandes supo el emperador que el concilio de Bolonia se habia suspendido y prorogado indefinidamente, y que los prelados se habian disuelto y retirado. El pontífice Paulo habia creído prudente tomar esta medida, atendido lo crítico de las circunstancias. El emperador, por el contrario, mandó á los obispos de su partido que permanecieran en Trento, donde esperaba que algun dia continuarian las sesiones, y previóse de la conducta del papa para seguir tratán-

(1) Las únicas ciudades imperiales de consideracion que no se sometieron á la voluntad de Cárlos en lo del *Interim*, fueron Magdeburgo, Bréne, Hamburgo y Lubeck.

dole con dureza, y representarle como un hombre que no quería cumplir con los deberes de su alta dignidad y oficio <sup>(1)</sup>.

No había motivado el viage de Carlos á Flandes el solo objeto de hacer aceptar la creencia interina á las ciudades renitentes de aquellos dominios. Tiempo hacia ya que su gota, sus dolencias, sus trabajos y padecimientos, le habían hecho pensar, segun hemos indicado, en hacer reconocer á su hijo Felipe por los estados de Flandes como su legítimo heredero. Llamóle ahora allá, y aun envió al duque de Alba á buscarle, escribiendo al propio efecto á los nobles y ciudades de Castilla y de Aragon. En su virtud partió el príncipe de Valladolid (1.º de octubre, 1548), dejando por gobernadores de España al archiduque Maximiliano de Austria y á su hermana doña María, que acababa de casarse, y era el de Austria su primo recién llegado. Embarcóse Felipe (19 de octubre) con magnífico y brillante cortejo en las galeras de Andrés Doria. Desembarcó en Génova, fué á Milan, atravesó una parte de Alemania, siendo en todas partes recibido con tales agasajos y festejos cuales rara vez se habían hecho á príncipe alguno, y así llegó á los Países Bajos, donde le dejaremos por ahora para dar cuenta de otros sucesos.

(1) Conocidos ya por algunos documentos que hemos citado el lenguaje que el emperador solia usar en las quejas del pontifice, creemos innecesario añadir otros en que le trataba con la misma ó mayor acritud.

## CAPITULO XXVIII.

### CARLOS V. Y MAURICIO DE SAJONIA.

De 1548 á 1552.

Guerra de Parma y Plasencia.—Octavio Farnesio.—Muerte del papa Paulo III.—Eleccion de Julio III.—Convoca de nuevo el concilio de Trento.—Dieta de Augsburgo y lo que se trató en ella.—El duque Mauricio de Sajonia.—Misteriosa y artera política de este príncipe.—Favorece y persigue á un tiempo á católicos y protestantes.—Engaña y entretiene al emperador y á los confederados.—Segunda apertura del concilio de Trento.—Protesta el rey de Francia en el concilio.—Guerra de Parma entre el papa, el emperador, el rey de Francia y Octavio Farnesio.—Refuerza el emperador el concilio.—Traslada Carlos su residencia á Inspruck.—El duque Mauricio se confedera con el rey de Francia contra el emperador, y conquista la ciudad de Magdeburgo para Carlos V.—Tenebrosa y sagaz política del duque.—Arroja la máscara y se hace el gefe de los protestantes.—Apuro en que pone al emperador.—Desastrosa fuga de Carlos V.—Ejército francés en Alemania.—Conferencias del duque Mauricio y el rey Fernando.—Terror de los padres del concilio: se disuelve y se proroga.—Situacion del emperador.—Se ve obligado á transigir con Mauricio de Sajonia.—Tratado de Passau, favorable á los protestantes.—Decadencia del emperador.—Reflexiones.

Mientras el príncipe don Felipe de España, hijo de Carlos V., era reconocido y jurado por las ciudades